

Montserrat Cano

PEQUEÑAS PIEZAS  
DE LA GRAN MÁQUINA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n°16—  
MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento, transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MONTSERRAT CANO

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)  
Dirección de la colección: Alicia Arés

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)  
Ilustración de cubierta © Tithi Luadthong

Primera edición: Mayo 2017  
I.S.B.N: 978-84-946862-2-1  
Depósito legal: M-13799-2017  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

**Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO**

## LAS NOCHES NEGRAS

Lo deseó tan pronto su madre lo sacó del montón de las prendas rebajadas y lo alzó para verlo entero. Cuando lo tocó y sintió la suavidad de la batista entre sus dedos, estuvo a punto de echarse a llorar. Por favor, mamá, por favor, ya no voy a pedir nada más en todo el verano, insistió. La madre sopesó la situación con cuidado, como hacía siempre que se trataba de algún gasto no estrictamente imprescindible, y al final decidió que un camisón es siempre una prenda útil y que no merecía la pena soportar otra llantina de su hija. Y es que, desde hacía unas semanas, Teresa lloraba por cualquier cosa, a veces incluso sin aparente razón alguna, lo cual, pensaba la mujer, era menos preocupante que incómodo en una niña de quince años.

El camisón era de color amarillo muy claro, largo hasta los tobillos, de una tela tan fina que dejaba ver al contraluz la silueta de las piernas, sin mangas, con un pequeño escote cuadrado y una pieza cubierta de pequeñísimas jaretas que llegaba hasta debajo del pecho. A Teresa le recordaba esas prendas de las protagonistas de películas ambientadas en la época victoriana, historias que transcurrían en grandes mansiones y jardines brumosos. Reconocía que era cursi, una auténtica ñoñería, y que jamás se lo habría comprado si la hubiera acompañado

alguna de sus amigas, pero le encantaba, no podía remediarlo, se miraba en el espejo y, descalza, con el pelo suelto, se veía hermosa. No, hermosa no era la palabra, tal vez liviana o frágil fuesen adjetivos más apropiados, pero, más que ninguna otra cosa, el camisón le daba el aspecto adecuado porque equiparaba su cuerpo con su espíritu.

Su cuerpo no era gran cosa todavía, al menos si lo comparaba con los de la mayoría de sus amigas y compañeras de instituto. No era gorda pero aún estaba redondita, en palabras de su abuela, lo que para el resto del mundo quería decir infantil, sin aquella estilización que definía el pecho, la cintura y el trasero, poco sexi, en definitiva. Su mente, por el contrario, era como un recipiente de cristal del que la más pequeña vibración podía extraer un sonido penetrante y todo dentro de ella cantaba en un incesante fa sobreagudo. Cuanto percibía tenía en su sensibilidad un efecto que iba mucho más allá de la exaltación o de la euforia o de la congoja. Aquello había comenzado cuando los días empezaron a alargarse y la ciudad se preparaba para el verano, y su consecuencia inmediata era que Teresa vivía en una efervescencia agotadora que, lejos de cansarla, la conducía a nuevos y más intensos estados emotivos. Cada elemento externo parecía encontrar una parte de su espíritu en la que trepidar como si ella fuese un tambor en el que redoblaba el mundo. Y el camisón era el nexo entre aquel cuerpo que aún no era del todo suyo y la abrumadora conciencia de sí misma.

Cuando ya casi no recordaba que se podía estar en el mundo sin esa excitación y que, de hecho, ella había vivido sin ella

hasta entonces, se enamoró. Sin embargo, esa pasión, aun siendo intensa, no era la razón del vértigo en que se movía sino apenas una parte de él, quizá la única que era capaz de identificar y nombrar. Ocurrió en la terraza de la casa de su amiga Lourdes, donde ellas dos, Marta, Tina y Gloria hacían ver que preparaban uno de sus últimos exámenes mientras escuchaban a Justin Bieber. You're beautiful, beautiful, you should know it, repetía la canción, y Teresa quería creer que aquellas palabras iban dirigidas a ella. La noche había llegado sin que se dieran cuenta pero no había refrescado el ambiente, que continuaba siendo mucho más cálido de lo habitual en esas fechas, un adelanto del sofoco estival que aún tardaría en llegar. Al otro lado de la calle, por encima de los plátanos, las ventanas abiertas y las luces encendidas de un ático permitían ver el interior de algunas habitaciones: un salón pintado de azul con muebles blancos y un gran sofá, una alcoba con una cama de matrimonio cubierta por una colcha estampada en tonos verdes y otro dormitorio con la pared cubierta por una estantería llena de objetos inidentificables y con una cama estrecha en la que una persona estaba sentada de espaldas a la ventana. Era un hombre que tenía el cabello muy rubio, el torso desnudo y un pantalón de pijama de color granate. Teresa veía su cuerpo casi en el centro del cuadrilátero iluminado, como si la figura fuese el tema de una pintura cuyo marco era la oscuridad. Sintió un deseo incontrollable de pasar la mano por la piel de aquella espalda, o no, no deseo, algo mucho más pujante, una avidez al mismo tiempo dolorosa y placentera. Mientras sus amigas hablaban y Lady

Gaga sustituía a Justin Beaber —I want your love, love, love, love, I want your love—, ella se perdió en la contemplación de aquel cuerpo y en el examen del efecto de su propia mirada. De pronto, como si una luz gloriosa la iluminase por dentro, supo que allí, en aquel desconocido, se concretaba toda la maravilla que había intuido en el mundo. El sol que entraba en su dormitorio las mañanas de domingo, el olor de los libros nuevos recién forrados cada comienzo de curso, la necesidad de bailar descalza frente al espejo, las gotas de lluvia deslizándose por el cristal un día de invierno, las rojas tierras de África a las que viajaría algún día, el sabor de la primera cerveza, el sudor al final de un partido de baloncesto en el gimnasio, la carita de su hermana pequeña durmiendo en la litera de abajo, todo, en fin, todo lo que la había conmovido sin que entendiera la razón, adquiriría ahora sentido. Y no solo la importancia de las cosas quedó al descubierto sino, lo que era aún más notable, se hizo patente el motivo por el que eran tan valiosas: porque le pertenecían, porque el universo y cuanto contenía eran suyos y existían para que gozase de ellos.

Algo después, el hombre se levantó y salió a la terraza. No era un hombre sino un muchacho y a Teresa le pareció que el destino le prometía la eterna plenitud pues convertía una idea, un sentimiento, en algo perfectamente alcanzable. Si se hubiera tratado de un adulto, su deslumbramiento habría continuado siendo una emoción inconcreta a la espera de encarnarse en algo o alguien que ella pudiese considerar propio; de este modo, al ser un chico que seguramente tenía pocos años más que ella,

su anhelo se trasladaba al terreno de lo real y ella pasó a formar parte del espacio en el que tenían lugar los acontecimientos, allí donde las personas vivían en lugar de mirar vivir a los demás o esperar que los hechos les incumbieran. Estoy enamorada, se dijo, ahora solo necesito que él me quiera. I want your love, I want your love.

Desde la terraza de Teresa también se veía el ático del muchacho. Y lo que era aún mejor, desde el ático, podía verse el balcón de la casa de Teresa. Aquella primera noche, la luz de las farolas de la calle no llegaba hasta su terraza pero, desde la sala en la que sus padres veían la televisión, el reflejo de una lámpara de pie bastaba para iluminar parte del exterior. Teresa salió, colocó una tumbona en la parte alumbrada, puso a Rihanna en el i-phone y se sentó a esperar, pacientemente, que el muchacho la viera. De vez en cuando se levantaba, iba de un lado a otro de la terraza y se acodaba en la barandilla. Sabía que si él mirase hacía allí, enfrente, un poco abajo, la vería y, entonces, con seguridad, se fijaría en ella y querría conocerla. Pero no la vio o, si lo hizo, no le prestó atención. Pasó el tiempo, las luces del ático se apagaron y a ella la mandaron a la cama, donde continuó escuchando música y evocando la espalda del muchacho hasta que se durmió, cerca ya del amanecer.

Esa ceremonia se repitió todas las noches en que el clima lo permitió, que eran cada vez más frecuentes, y Teresa llegó a estar al corriente de las costumbres más simples de su vecino. Cuando acabó el curso, sabía que tenía una moto Suzuki, que solía llegar a su casa a tiempo para cenar con su familia —el

comedor estaba al fondo del salón y allí se reunían él, los padres y dos niñas que imaginó sus hermanas— y que estudiaba algo porque acostumbraba a pasar mucho tiempo moviendo papeles y carpetas frente al ordenador de su cuarto. Era una tentación hacerle fotos con la cámara de teléfono, que era muy buena, y mandarlas a sus amigas, pero cada vez que lo intentaba, algo la contenía, una sentimiento parecido a la vergüenza pero más sutil y nada doloroso, más parecido a la proximidad de un misterio. Su pasión no era secreta, sus amigas la conocían y compartían cada novedad por nimia que fuera, pero la intimidad de su amado... podía comentarla pero su imagen y lo que aquella figura significaba le pertenecían solo a ella. Luego, una vez comenzaron las vacaciones y no hubo horarios estrictos que cumplir, dedicó mucho más tiempo a observar sus hábitos pero, al contrario de lo que esperaba, aquello no le sirvió para conocerlo mejor. A primeros de julio, cuando su madre le compró el camisón amarillo, apenas lo veía de madrugada. Las cosas, durante el día, seguían emitiendo mensajes cuyo significado siempre guardaba alguna relación con la plenitud. Pasaba mucho tiempo con sus amigas: en la piscina, el mismo sol que le calentaba los músculos transformaba las hojas de los chopos en selvas desconocidas; las hamburguesas en McDonald's sabían a confianza y en la discoteca en que podían bailar hasta las nueve de la noche las luces tenían el color del futuro. Con frecuencia, mientras se maquillaba —cada vez un poco más de lo que su madre le permitía— y después, al salir del portal y sentir en la piel la proximidad de la tarde, su alegría era tan



grande que tenía que controlarse para no sollozar. Cada instante del día contenía una señal y, como si las horas de luz le sirvieran para llenarse de energía, llegaba a la noche en un estado de excitabilidad que se iba acumulando porque lo que debía ocurrir nunca acontecía.

Lo que quiera que fuese que esperaba —pero esperar era un concepto insuficiente, exiguo, para definir su situación— habría de ocurrir sin duda de noche y cuando ella vistiera el camisón nuevo. Por tanto, se lo ponía y salía a la terraza con la única intención de ser vista por el vecino de enfrente. Pero, mientras aguardaba que llegase, nunca dejaban de suceder cosas excepcionales: los barrios de la ciudad celebraban sus fiestas y el cielo se llenaba fuegos de artificio que convertían la negrura en efímeras fotografías de galaxias impensables; una pareja de ancianos se asomaba a la ventana cuando una ambulancia pasaba ululando por la calle; una mujer joven regaba los geranios y el aroma del mantillo húmedo llegaba hasta los balcones cercanos; en la lejanía, una tormenta abría el horizonte para dejar entrever el fuego violeta del que brotaban unos truenos aterciopelados; caía una estrella fugaz que desaparecía antes de que ella hubiese podido concretar qué deseo pedir... A veces, cuando escuchaba el ruido de la moto y veía al muchacho quitarse el casco, poner el candado y abrir el portal, estaba tan exhausta que casi hubiera preferido que él no llegara nunca a su dormitorio o que no encendiese la luz. Pero si en alguna ocasión las persianas del cuarto estaban bajadas y no podía verlo, se sentía estafada y vacía. En todos los casos, el camisón

le acariciaba la piel, se pegaba a sus muslos si había algo de viento y convertía su silueta en el hermoso cuerpo que sería algún día.

La primera semana de agosto toda la familia se marchó de veraneo al apartamento que alquilaban cada año en el piso doce de un edificio en primera línea de playa. Desde aquella terraza solo se veía el mar pero Teresa continuaba vistiendo su camisón y gozando de la tensión que las noches propiciaban. Las jornadas ofrecían las cosas habituales de todos los veranos pero que en este tenían un brillo y una profundidad especial. Detrás de cada conversación, cada paseo, cada verbena y cada palmera había otras palabras, otras calles, otros bailes y unos árboles diferentes, invisibles todavía pero evidentes en el rastro —una especie de reflejo de su perfección— que dejaban en las cosas perceptibles.

El grupo de jóvenes que se conocía desde hacía años estaba casi intacto. Pasaban las mañanas en la playa, las tardes en la piscina de los apartamentos y las noches en las terrazas junto al mar. Durante las tres semanas que duraron las vacaciones, a Teresa le permitieron ir a dos fiestas en la playa que duraron hasta la madrugada. En una de ellas se bañó desnuda y dio unas caladas a un porro. Su amigo Teo, que ahora era una cabeza más alto que ella y tenía la mejor tabla del pueblo según las chicas, se convirtió en su novio después de besarla en el cumpleaños de su prima. Sin embargo, incluso esos acontecimientos placenteros y el éxito que comportaban eran apenas un atisbo de la verdad, vislumbres de todo cuanto era igual a lo que expe-